

## **Vigésimo Primer Domingo del Tiempo Ordinario B2021**

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia del compromiso cristiano. Destacan, en particular, el deber que tenemos de cumplir nuestro compromiso ante Dios y ante nuestros semejantes. Nos invitan a darnos cuenta de que nuestra conversión y compromiso son claves para una relación exitosa con Dios y entre nosotros.

La primera lectura describe las secuelas de la muerte de Moisés cuando Josué asumió el papel principal del pueblo de Israel. Muestra cómo invitó al pueblo a renovar su alianza con Dios prometiendo servirle solo a él. También muestra cómo les dio un ejemplo de fidelidad y apego al Señor. Finalmente, el texto muestra cómo el pueblo respondió unánimemente a la invitación comprometiéndose a servir a Dios.

Lo que este texto nos enseña es que la identidad del pueblo de Dios está constantemente amenazada por el entorno en el que vive. También existe la idea de que para ser fiel a Dios, su pueblo debe renovar continuamente su alianza con él. La última idea está relacionada con la certeza de que existe una tentación permanente para que el pueblo de Dios se comporte como los demás.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio en que los apóstoles se comprometieron a permanecer con Jesús mientras algunos de sus discípulos lo abandonan. De hecho, el Evangelio comienza con la reacción de algunos de los discípulos a quienes les cuesta creer en las palabras de Jesús sobre el pan de vida.

Da también la respuesta de Jesús que, en lugar de retroceder, sostiene que sus palabras son Espíritu y vida. Luego denuncia la actitud de los que no creen y da la razón por la que es así. El Evangelio termina con la declaración de Pedro quien, en nombre de los demás apóstoles, confiesa la divinidad de Jesús y la seguridad que da para la vida eterna.

¿Qué aprendemos del evangelio de hoy? Hoy quiero hablaros de la crisis de la Eucaristía. De hecho, cuando algunos de los discípulos de Jesús murmuraban, conmovidos y declaraban que su dicho era duro e inaceptable, estaban expresando la crisis en la que estaban sumidos.

No se trataba de una crisis de las sencillas palabras de Jesús sobre el pan que da y que da vida. Fue una profunda crisis en torno a la persona de Jesús, que está en el centro de la Eucaristía.

Esta crisis no es algo del pasado; incluso hoy sucede entre nosotros. Por ejemplo, algunas personas no creen en la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Otros quizás creen en su presencia en la Eucaristía, pero no permiten que Jesús esté realmente presente en sus vidas y en lo que hacen en la vida.

Cuando hay una desconexión entre nuestra recepción de la Eucaristía y lo que decimos o hacemos durante el resto del día, hay una crisis. Algunos otros pueden muy bien recibir la Sagrada Comunión, pero de repente construyen barreras que les impiden ser transformados por lo que reciben.

Siempre que lo hacemos y que la Eucaristía no nos impacta, no somos diferentes a los que escuchaban a Jesús, pero nos negamos a confiar en él y en su palabra de que es el pan de vida. El resultado al final es muy simple: hacemos de Jesús un prisionero del tabernáculo, es decir, lo recibimos aquí; lo adoramos aquí, pero al mismo tiempo, lo dejamos aquí como una joya encerrada en una caja fuerte.

¿Se puede resolver esta crisis? Sí, por supuesto. ¿Cómo? Bueno, al renovar continuamente nuestra fe en Jesús cada vez que celebramos la Santa Misa. Esto es exactamente lo que el pueblo de Israel ha hecho al renovar su pacto, como escuchamos en la primera lectura.

Por eso tenemos que entender que nunca se puede acercarse a Jesús desde fuera, sino siempre desde dentro, con fe. Como dice el mismo Jesús: "El Espíritu es el que da vida; la carne no tiene nada que ofrecer. Las palabras que les he hablado son Espíritu y son vida". Este es el círculo de la vida espiritual, es decir, que el Espíritu se recibe cuando abrimos nuestro corazón al mensaje de Jesús; el Espíritu, a su vez, nos conduce a Jesús ya la profundización de su mensaje.

¿Significa que los que nos quedamos en la Iglesia nunca hemos tenido una crisis? Creo que el problema no está ahí. De hecho, sea que sea las alegaciones de los que abandonan la Iglesia, nos quedamos dentro de la Iglesia porque, como Pedro, hemos encontrado en Jesús las palabras de vida eterna.

El contexto de crisis en la época de Jesús es como el de hoy en el que vivimos y donde la Iglesia es denunciada y vilipendiada por el abuso sexual y muchas otras cosas. Algunas personas simplemente nos dicen, "¿por qué no dejan la Iglesia"? Nos quedamos, en efecto, no porque la Iglesia sea perfecta, o porque tenga todas las respuestas a nuestras preguntas, sino porque encontramos en ella la verdad de Jesús, que es en su esencia más que las debilidades, fallas y limitaciones humanas.

Pero al mismo tiempo, permanecer en la Iglesia se convierte en un desafío que tenemos que afrontar a diario viviendo según los valores del Reino. Por eso sería un error tomar nuestra pertenencia a la Iglesia como algo concedido. Tenemos que renovarlo continuamente al ejemplo de los judíos que Josué invitó a renovar su pacto con Dios. Oremos, entonces, para que Dios nos ayude a confiar en él y renovar nuestro compromiso con él. ¡Que Dios los bendiga a todos!

**Josué 24: 1-2<sup>a</sup>, 15-17, 18b; Efesios 5: 21-32; Juan 6: 60-69**



Fecha de la Homilía: el 22 de Agosto, 2021

© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20210822homilia.pdf